

TRANSFORMACIÓN DE LOS MITOS DE CRONOS Y ORFEO EN *EL HOMBRE Y LO DIVINO* DE MARÍA ZAMBRANO

TRANSFORMATION OF THE MYTHS OF CHRONOS AND ORPHEUS
IN *THE MAN AND THE DIVINE* BY MARÍA ZAMBRANO

Marina LÓPEZ ARANO

marinalpza@gmail.com

Resumen: María Zambrano (1904-1991) fue poeta y filósofa, y así lo refleja en *El hombre y lo divino*, ensayo que invita a regresar a Grecia y recuperar la autenticidad de los ancestros para darnos cuenta de que el hombre no solo tiene una dimensión razonadora, sino que tiene otra dimensión que la razón no alcanza a entender, en este caso espiritual. La poeta y gran pensadora acude a la mitología y a los dioses porque sin ellos se produce un vacío existencial y se refugia en diferentes lugares de la mitología griega. El objetivo del trabajo es que a través de los orígenes de los mitos de Cronos y Orfeo se corrobore cómo la instancia de lo sagrado todavía pervive al encontrarse en el subconsciente del individuo, y demostrar que a través de ellos la filósofa intentará buscar en su interior su espacio en la vida y devolverlos al presente.

Palabras clave: María Zambrano. *El hombre y lo divino*. Mitología griega. Dioses. Cronos. Orfeo. Pervivencia.

Abstract: María Zambrano (1904-1991) was a poet and philosopher, and this is reflected in *El hombre y lo divino*, an essay that invites us to return to Greece and recover the authenticity of our ancestors to realize that man not only has a reasoning dimension, but it has another dimension that reason cannot understand, in this spiritual case. The poet and great thinker she turns to mythology and the gods because without them there is an existential void and she takes refuge in different places of Greek mythology. The objective of the work is that through the origins of the myths of Cronus and Orpheus it is corroborated how the instance of the sacred still survives when it is found in the subconscious of the individual, and demonstrate that through them she will try to search inside our space in life and bring them back to the present.

Keywords: María Zambrano. *The man and the divine*. Greek mythology. Cronus. Orpheus. Gods. survival.

1 Introducción: Cronos y Orfeo en *El hombre y lo divino* de María Zambrano

Qué mejor símbolo que el mito para constatar una transformación, puesto que este está presente en todos los ámbitos de la cultura (unas veces para trascenderlo y otras para padecerlo), María Zambrano actualiza el mito porque sabe que la imagen poética del mismo va directa al inconsciente humano y allí se transforma en toda su intensidad.

Lo cierto es que Zambrano no deja de utilizar la mitología clásica y el mito como un instrumento actualizador porque el mito se ha banalizado con el tiempo y ya no convivimos con el misterio ni con lo sagrado, y, solamente a través de la poesía y el arte nos llegan algunos reflejos. La poesía sacó a la luz a los dioses resultando indispensable para la formación de los mismos. Y para la autora, la actividad artística y fabuladora es una necesidad vital, como una especie de ilusionismo para crear e inventar mundos y para preservar en el ser, y esa idea pervivirá siempre en María Zambrano. Rodríguez Díaz del Real nos dice en *El mito en María Zambrano*:

El tratamiento que María Zambrano da a lo griego en general y a lo mitológico en particular no se relaciona tanto con una voluntad de profundización filológica o de crítica, sino que se enmarca en su concepción filosófica de la palabra en el contexto más amplio de la «razón poética» *zambriana* que fija o entiende la palabra como fin en sí mismo y no como mediadora de contenidos concretos y racionales, como sería claramente el caso de Ortega. La palabra poética en el delirio, en el sueño, en el mito es para Zambrano una verdadera y auténtica presencia (2015: 145-146).

Como escribió el psicólogo, psiquiatra y ensayista suizo Carl G. Jung, en su libro *Recuerdos, sueños y pensamientos*:

Lo que sé es según la tradición eterna y lo que el hombre parece ser *sub specie aeternitatis* se puede expresar solo mediante un mito. El mito es más individual y expresa la vida con mayor exactitud de la ciencia (1991: 16).

En este punto nos gustaría resaltar la relación existente entre el psicoanálisis y María Zambrano. Esta conocía bien la teoría de Jung y, aunque nunca se declaró seguidora del psicoanálisis, no puede ocultar la influencia que tuvo en ella. En *El hombre y lo divino* Zambrano nos aclara que «las *entrañas* son la metáfora que capta —con más fidelidad y amplitud que el moderno término psicológico *subconscientia*— lo originario, el sentir irreductible, primero del hombre en su vida, su condición de viviente» (1955: 202). El infierno del subconsciente es el infierno de las «entrañas».

Según Chantal Maillard, Zambrano «es deudora sobre todo del psicoanálisis de Jung y al que le debe en gran medida el armazón de su fenomenología de los sueños y su arquitectura de la persona». El mito, dentro de la teoría de Carl G. Jung, es una expresión de los arquetipos del inconsciente colectivo y que no es de naturaleza individual sino universal y que, además «constituye un fundamento anímico de naturaleza supra-personal existente en todo hombre» (123). Por eso, cuando Zambrano se pregunta sobre el nacimiento de los dioses¹, ella misma se responde en *El hombre y lo divino* que ese planteamiento es erróneo:

1 «La aparición de un dios representa el final de un largo período de oscuridad y padecimientos, es la posibilidad de preguntar frente a alguien que ha aparecido, y la actitud de preguntar es la conciencia (pérdida de la inocencia)».

Los dioses no nacen, no se manifiestan un día, sino que están ahí, han estado siempre; es su forma la que les viene dada por el hombre. Su presencia oscura preexistía a su imagen, que es lo que el hombre griego, tan dotado para la expresión, tan necesitado de forma, logró darles. La estancia de lo sagrado² preexiste a cualquier invención, a cualquier manifestación de lo divino³. Preexiste y persiste siempre, es una estancia de la realidad de la misma vida (1955: 276).

La escritora afirma sobre los dioses que, «si se les ha creado debe ser por algo ineludible» (21), porque así el hombre en sus orígenes no se sentía solo. Y, efectivamente, los dioses quedan completamente adheridos a su vida y a su obra.

Una cita de la autora que nos sirve de precedente es cuando Zambrano (1955) añade al principio del ensayo que «una cultura depende de la calidad de sus dioses⁴» (12), aquí nos revela toda una declaración de intenciones. Zambrano acude a los dioses y a los mitos griegos no simplemente por puro interés o por una gran admiración por la cultura clásica, sino porque a partir de ellos establecerá un paralelismo entre lo clásico y lo moderno, entre lo divino y lo humano. Pues el mito es algo eterno que pervive a través del tiempo y de las civilizaciones y pertenecen al imaginario colectivo.

2. Cronos: multiplicidad del tiempo

Si ha habido un tema recurrente en Zambrano a lo largo de su obra es el tiempo, y el porqué es sencillamente porque el ser humano se hace en el tiempo y este como realidad existe gracias a él, pues «el tiempo envuelve la vida humana» (67).

Desde los orígenes de los dioses la lucha ha sido su forma consustancial de relación, por eso Cronos representa también una lucha, pero una que tenemos perdida de antemano, porque el tiempo desde un punto de vista genérico y sin más cualidad es la de un destructor, la de un devorador, pero que al mismo tiempo genera en el hombre un poder creador, además de una necesidad de darle sentido a esa existencia con fecha de caducidad. Zambrano manifiesta que el tiempo «[...] suscita una respuesta creadora, provocador de la lucha por la existencia de todas las criaturas que han de alzarse en rebeldía frente a él para vencerle de algún modo» (p. 67).

Es el tiempo, entonces, el medio para fluir constantemente, pero que, al mismo tiempo debe ser discontinuo, intermitente. Un tener conciencia del aquí y del ahora del propio cuerpo y de nuestra psique. Del aquí y del ahora experimentando como individuos nuestro tiempo interior y exterior. Un tiempo interior exclusivo de cada individuo, experimentado desde lo más profundo, subjetivo, y un tiempo exterior compartido con el resto de los seres humanos, objetivo y medible. No obstante, Zambrano va más allá diciéndonos en *El sueño creador* que, para ella «cada criatura humana tiene su tiempo, sus múltiples tiempos» (23). Estas palabras nos llaman la atención al compararlas con las de Stephen Hawking y su concepto de tiempo en su libro *Historia del tiempo*:

2 Lo sagrado representa la realidad. «[...] de donde salen las formas llamadas dioses, es consustancial con la vida humana».

3 Ante lo divino (verdadero) el hombre razona, y entrar en razón es recobrar se adentrándose en la historia.

4 En *El hombre y lo divino* la primera característica de los dioses es que persiguen al hombre con su gracia y rencor. Cuando aparecen se hacen sentir porque se ocupan de los hombres. Existe una relación de persecución, y si no le sienten es que no creen en ellos. Esta relación inicial no se da en la razón, sino en el delirio de persecución, y a la luz de este delirio será nombrado Dios.

En lugar de ello [la idea de que había un tiempo absoluto único] cada observador tendría su propia medida del tiempo, que sería la registrada por un reloj que él lleva consigo: relojes correspondientes a diferentes observadores no coincidirían necesariamente. De este modo, el tiempo se convirtió en un concepto más personal, relativo al observador que lo medía (1992: 23).

El hecho de pertenecer a una cultura con una concepción tan racionalista del concepto del tiempo ha tenido como consecuencia la ignorancia en cuanto a los diversos aspectos que contiene dicho concepto. El tiempo del racionalismo es homogéneo y es una interiorización del tiempo exterior cuantificable, esto es, la subjetivización (o interiorización) del tiempo, que se desarrolló a partir del Renacimiento y el desarrollo de la ciencia físico-matemática. Zambrano pensaba que nuestra cultura sería muy diferente si el hombre occidental hubiera considerado el tiempo desde otro punto de vista que no fuera el cuantificable y objetivable. Cada sociedad y cada cultura concibe el tiempo de una manera peculiar, y de su forma de organizarlo y de su forma de vivirlo depende su idiosincrasia, formando parte del reflejo de su tiempo. Por eso es, a veces, tan difícil hablar del tiempo.

Para Zambrano, esta multitud de tiempos personales y cualitativos están todavía por descubrir, ocultos tras ese tiempo cuantificable y homogéneo, y queda pendiente el desarrollar un saber acerca de esos tiempos. Y, si el tiempo es tan múltiple, entonces acontece que el tiempo tiene también múltiples sentidos: el tiempo es continuidad, herencia, consecuencia, transformación y muchas otras facetas. Esto provoca que el hombre tenga una relación particular con el tiempo provocando siempre una reflexión que hace constantemente vincular el pasado con el futuro, y con un presente que nadie puede parar ni controlar.

Aunque Cronos es un devorador, es también el encargado de sostener todo lo que aparece en el mundo, está sin ser visto y por ello es el menos físico de todos los dioses y el más inasible. No puedes apresar lo que no se revela, pero al mismo tiempo es el que provoca la lucha por la vida. Resultan esclarecedoras las palabras de Clavo Sebastián cuando dice en *El tiempo y su articulación con otros conceptos*:

El hombre para Zambrano no es simplemente conciencia sino persona, concepto que incluye una gran cantidad de aspectos que trascienden el ámbito de la conciencia, por eso su investigación acerca del tiempo tiene en cuenta todos esos aspectos ignorados por la concepción racionalista. Hay tantos tiempos cualitativos como aspectos y, aun dentro de cada uno de ellos podemos encontrar variantes porque el ser humano posee la capacidad de sufrir en pasividad tiempos con los que se encuentra y que le invaden en contra de su voluntad (2001: 154).

Llegados a este punto hay que aclarar que los griegos no tenían una concepción lineal del tiempo, que era completamente diferente a la concepción racionalista del mismo. El tiempo en Grecia no se basa en el reloj, ni se compartimentaba a través del trabajo. No es un tiempo homogeneizado, sino que tenía que ver más con el arte y el pensamiento. Por una parte, está Cronos, que como ya hemos comentado, tiene que ver con el tiempo lineal, el que va consumiendo cada día desde el nacimiento hasta la muerte. Es la duración y es el tiempo que experimentamos en el presente entre estos dos acontecimientos: la vida y la muerte. Es el presente que vivimos, que gozamos y sufrimos. Como manifiesta Zambrano en *El hombre y lo divino*:

El abismo del tiempo se ha vaciado, exteriorizándose. Es un modo de hacerse accesible. Es lo más equivalente a la manifestación de las cosas materiales, a las cosas sustantivas, al mundo plástico que existe en el espacio cuando es bañado por la luz (2020: 14).

Es el «abismo de la realidad». Cronos es un dios que necesita matar para poder conservar su eternidad y todo lo que existe. Todo lo que está en el orden cósmico está condenado a la destrucción; es el dios de la muerte de todo lo finito. Sintetiza la sucesión del pasado, presente y futuro. Para Cronos lo pasado no podrá volver a suceder y el futuro será desconocido, pero esa no es la idea que ya hemos dicho que tiene del tiempo nuestra autora. Esa unidimensionalidad es solamente una parte del tiempo.

Por otro lado, tenemos a Kairós, que es el otro dios del tiempo, dios de los momentos, como una especie de duende simbolizado como un adolescente con los pies alados y que interviene fugazmente a lo largo del periodo en el que Cronos abarca una vida humana. Refleja esos momentos mágicos en los que podemos experimentar la gloria o un momento de genialidad, un momento de cambio o un momento de oportunidad; pero es también el dios de la experiencia interior. Kairós es el instante, es un espacio diferente de la duración cronológica, es un instante concreto en un lugar determinado que no es presente, sino un tiempo suspendido que está por llegar, pero que al mismo tiempo ya ha pasado. Zambrano afirma que «El instante, unidad cualitativa del tiempo —que tal cosa es el instante—, está caracterizado por consumir apenas nada, lo mínimo en el tiempo sucesivo, en el que se puede medir. O, más bien, por escapar en gracia a su cualidad extraordinaria —sobre el nivel de lo humano— a la cantidad, al tiempo que se mide. Un instante puede ser un segundo de nuestros veloces relojes; puede ser, debe de haber sido; muchas horas y hasta días y noches del tiempo solar. [...] un tiempo en que el tiempo se ha anulado, en que se ha anulado su transcurrir, su paso, y que por tanto no podemos medir sino externamente y cuando ha transcurrido ya por su ausencia» (1955).

Este Kairós une dos mundos que experimentamos y los funde en un instante, y ese instante forma parte de otro tiempo experimentado. Vivimos así entre dos formas de experimentar el tiempo: una experiencia objetiva que pasa y nos arrastra devorándonos y una experiencia subjetiva que nos puede hacer experimentar la inmovilización aparente del tiempo.

Así pues, se podría hablar de forma generalizada que en *El hombre y lo divino* hay dos formas o maneras de sentir el tiempo en María Zambrano: una forma objetiva como tiempo cósmico, como presente y que es cuantitativa; y otra forma subjetiva de tiempo interior y que es cualitativa, pero que a su vez tiene múltiples connotaciones y aristas, esto es «múltiples tiempos».

El tiempo objetivo representado por Cronos sería el tiempo cósmico, que es un tiempo cíclico en el que todo está en su interior. Es el tiempo presente, el de la actualidad. Zambrano nos lo describe magníficamente en *El hombre y lo divino*:

El dios que el hombre siente sobre su vida de un modo «espontáneo», el dios «natural», es el que devora y destruye, el que reclama ser alimentado. El sacrificio lo aplaca momentáneamente. Un dios en quien se concentra y aparece esta pura potencia devoradora es Cronos en la vieja «Teogonía» de Hesíodo, a quien ningún sacrificio puede aplacar (1955: 154).

Aunque María Zambrano es muy crítica con el hecho de reducir el tiempo al presente, no lo queda más remedio que reconocer que es la dimensión propia que tiene el ser humano para que se pueda producir la creación, ya que el tiempo como presente articula la realidad y produce la sensación de continuidad entre el pasado, el presente y el futuro a través de la memoria. Zambrano, en *El hombre y lo divino*, menciona que «todo lo viviente va en el tiempo como los astros en su órbita» (1955).

Entonces ¿qué es el presente para María Zambrano? En su libro *Los sueños y el tiempo* nos dice que «el presente no es un instante, sino una sucesión de instantes separados entre sí por un vacío

apenas perceptible: Ese vacío indispensable para que el tiempo pase» (71). Y, por tanto, «la función primaria del sujeto es disponer del tiempo, disponer en el tiempo de un lugar adecuado para que las diversas formas de realidad se alojen» (63).

Aunque en *El hombre y lo divino* no se trata explícitamente del tiempo del sueño, sí nos gustaría hacer una pequeña mención a esta forma de atemporalidad para darle mayor coherencia y redondez al tema que nos ocupa, porque para Zambrano el sueño es la forma más elemental del tiempo, que es como una especie de latir de nuestro cuerpo, como una interrupción de la vida real en relación a la vigilia y así nos lo narra en *Los sueños y el tiempo*:

La alternativa de sueño y vigilia marca la primera división en el tiempo que sigue en ello originariamente a la luz solar, la alternativa de la luz y la oscuridad [...] la conciencia tiende a establecer la continuidad entre el ayer del momento anterior a la caída y el hoy en que despierta (1992: 32).

Cuando ya ha quedado establecido que la temporalidad es el medio donde el ser humano se desarrolla, nos preguntamos qué significa esa atemporalidad del sueño, porque para Zambrano el sujeto que duerme está privado de tiempo, lo que no implica que el tiempo no transcurra, sino que queda suspendido, inmerso dentro de algo inmenso. En *Los sueños y el tiempo* nos dice Zambrano:

Mientras que la atemporalidad es la privación del tiempo en movimiento, los sueños son la inmovilidad de un movimiento, hay movimientos en ellos, mas no hay tiempo. El movimiento del hombre que duerme es solo el latir de sus células (1992: 61).

No hay tiempo en ellos porque no hay conciencia de tiempo y aun así para Zambrano el sueño es un viaje, una exploración y es atemporal porque en ese período del sueño no hay sucesión ni orden. Pero ante todo es un abismarse en la conciencia, es el punto de partida de la afirmación del hombre que es además un intento de humanización y que puede darse incluso en estado de vigilia. En *Los sueños y el tiempo*, la autora nos habla de que los sueños tienen un carácter mágico, y que siempre que una realidad llena la conciencia y obtura el paso del tiempo, la conciencia se encuentra abismada.

Por tanto, para Zambrano, en la vida consciente se producen situaciones y vivencias que producen un impacto de lo más hondo en el ser humano y que reproducen la magia de los sueños, esto es, vivir la conciencia del tiempo sin sentir el tiempo: la atemporalidad. Nos lo explica Clavo Sebastián en *El tiempo y su articulación con otros conceptos*:

Por último, existen unos momentos privilegiados, se nos da una realidad. Estos instantes pueden ser creativos cuando lo que se revela a la conciencia es algún aspecto del ser propio antes oculto, y esta revelación produce una transformación en quien la recibe (2001: 149—162).

Es el otro tipo de atemporalidad que el soñar propiamente. Es el que tiene la facultad de ser activo y creador, un estado de lucidez que se halla bajo un tiempo supratemporal. Es decir, que dentro de la atemporalidad existe un tiempo de los sueños donde el sujeto no tiene capacidad de actuar libremente, ni de pensar libremente porque no hay posibilidad de movimiento ni de acción. Pero existe también otra posibilidad de atemporalidad que es la que se manifiesta en momentos puntuales y que, en contraposición a la pasividad del sueño, tiene un carácter activo y va más allá de los propios límites.

Llegados a este punto, nos introduciremos en el tiempo pasado, el histórico (el tiempo histórico, la conciencia histórica) que para María Zambrano marca un punto de inflexión en el ser humano. Para Zambrano la historia sin conciencia personal no sería historia sino simplemente una sucesión de hechos y a través de ella es consciente de que posee una conciencia histórica común y de que forma parte de una sociedad sin la cual no podría haber sobrevivido. Es más, aunque el hombre no sea consciente de ello, es un ser histórico, por eso tener conciencia histórica es una de las características del ser humano y forma parte de su esencia. Pues la autora nos habla de que el mundo histórico hecho por hombres se encuentra extraño a los hombres, hermético, y que impone una necesidad de conocimiento y de razón histórica para que nos demos cuenta de lo que hemos hecho u otros han hecho.

Pero esta sociedad ha roto a lo largo del tiempo unas reglas que lo han ido aislando, de cómo la razón absolutizadora ha acaparado al hombre reduciéndolo al mundo exterior y reduciendo el mundo de los dioses, pues «en la historia conocida siempre ha llegado un momento en que los dioses han muerto» (165). A María Zambrano le duele el desamparo del ser humano sin los dioses porque expresaban el «fondo último» de la realidad y porque fue a través de ellos cuando se dio la toma de conciencia de lo divino. Así añade que «ha llegado el instante terrible de que «eso divino» irreductible a lo humano, ha corrido la suerte de lo humano: pasar, ser vencido y aun morir» (166).

Así en un proceso de degradación de lo sagrado, el ser humano al amparo de esa racionalidad ha reducido al ser humano a la indiferencia desposeyéndola de su sentido vital. Por eso, Zambrano ve el mundo contemporáneo sumergido en la oscuridad y así en el prólogo a la reedición de *Persona y democracia* escribe:

La historia se nos ha tornado un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse (1958: 379).

La actividad mediadora que en el pasado ejercía la divinidad se ha visto interrumpida y ha desposeído a los hombres de sus actitudes poéticas, de su capacidad de sacrificio, de la piedad. Pero todas estas capacidades no están perdidas sino solo olvidadas y es por ello que el hombre tiene la sensación de orfandad, es una sensación de abandono, de un mundo que ha perdido su significado.

Es por eso que para Zambrano es fundamental la «conciencia histórica» que es lo que el ser humano necesita y espera, porque todos los conflictos que el hombre ha vivido a lo largo de los siglos no los ha sabido resolver, lo que le ha impedido cerrar los procesos a lo largo de la historia e iniciar otros. Así, Zambrano (1955) nos dice que «solo a través de la conciencia histórica se podrá lograr, ir logrando, lentamente, lo que la esperanza pide y lo que la necesidad reclama» (56); y añade: «Pues el hombre puede estar en la historia de varias maneras: pasivamente o en activo. Lo cual solo se realiza por entero cuando se acepta la responsabilidad o cuando se la vive moralmente».

Por todo ello, para Zambrano, adentrarse en la historia es una necesidad vital porque la historia lejos de ser una sucesión de hechos analizables, es el conocimiento del ser humano, de sus pasiones. El hombre es hombre porque tiene una estructura temporal y hay que saber desentrañar su historia, preferentemente porque es el tiempo que está condicionando nuestro presente. Hay que traer el pasado al presente para entenderlo, sobre todo para poder reconciliarnos con él y poder liberarnos de sus ataduras. La historia debe ser afrontada para así poder construir un futuro. Y así sentencia «mas en el

conocimiento del pasado histórico, no es lo que yo he hecho lo que describo, sino lo que se ha hecho, con ese carácter impersonal que lo avvicina a la naturaleza y que ha sido llamado “destino”» (291).

Las reflexiones de María Zambrano sobre el paso del tiempo y su vigencia en la actualidad son esclarecedoras en el ensayo *El hombre y lo divino*, y si hay un símbolo que representa el pasado vigente son «las ruinas», que lejos de ser algo caduco y degradado son un símbolo viviente, es más, es un símbolo que representa la supervivencia y en cierta manera un triunfo del pasado.

Queda claro que el símbolo de las ruinas representa una especie de anclaje al que asirnos y sin el cual el hombre perdería su sentido de la existencia. Son el abono a partir del cual proseguirá la vida y dará sentido a nuestra existencia puesto que el pasado es lo que conforma nuestro presente. Y lo que también queda claro es que no sirve cualquier ruina, no vale cualquier resto. El símbolo perfecto es la ruina de templo, precisamente porque es un lugar sagrado y lo sagrado trasciende el tiempo. Así, en *El hombre y lo divino*, nos dice Zambrano:

Y es que el templo destruido cubre con su belleza la acción destructora [...]. Y cuando ha sido solamente obra del tiempo —de un tiempo del olvido, de menosprecio también—, el tiempo parece envolverlos, haciéndolos así templos del tiempo, del tiempo divino-humano que desgasta sin destruir, como si el tiempo devolviera lo que envuelve a un reino indefinido, donde la esencia no necesita concretarse en cosa para manifestarse, llevándolo así a una especie de nacimiento que es restitución (1955: 373-374)

Esto es como un pasado que se recupera, es como confrontarse al tiempo pasado que sigue vigente a través de estos restos, es como ver cómo actúa la acción del tiempo a través de un rastro que sigue vivo, que se exhibe sin pudor y que, aunque es deteriorado y abatido por el tiempo, al final se levanta y se erige vencedor de ese mismo tiempo, «porque la ruina es solamente la traza de algo humano vencido y luego vencedor del paso del tiempo» (295).

Así vemos que para Zambrano las ruinas vencen al tiempo. El que fue Cronos en ese momento pasado, vuelve a ser Cronos en el futuro, que es el presente. Pero nos preguntamos si las ruinas son solo importantes porque vencen al tiempo o hay algo más en esas ruinas para aportar a nuestra existencia. María Zambrano nos responde que «el tiempo real de la vida no es el que se hunde en la arena de los relojes, ni el que palidece en la memoria, sino el que contiene ese tesoro: las raíces de nuestra propia vida hoy» (290).

Son nuestras raíces, es nuestra historia que conserva su huella hundida dentro de la naturaleza porque no tendríamos presente sin pasado, esto es, sin historia, sin nuestra conciencia histórica. Es una extraña contradicción o más bien una ambigüedad el hecho de la aniquilación de algo y al mismo tiempo su supervivencia; es esa dualidad que tan presente tiene Zambrano de la existencia. Podría considerarse como una especie de hilo conductor del pasado proyectado hacia el futuro a través del presente. Y al final todo se concentra y se reduce en un deseo de libertad y trascendencia. Por eso Zambrano, en *El hombre y lo divino* habla de la legitimidad del conocimiento histórico, que la vida humana necesita extraer de la historia y de su pasado un sentido para poder transformarlo en libertad.

Y esa es realmente una de las funciones esenciales de la ruina: la transformación que no solamente transforma «el acontecimiento en libertad» sino que además, a través de las ruinas Zambrano nos hace partícipes de sus convicciones religiosas, formando parte de un testimonio de esperanza: «Se diría, pues, que el templo a través de la destrucción humana y la del tiempo cumple su función de transformación, de elevar lo sagrado a lo divino, de abrir lo sagrado haciéndolo accesible, repartiéndolo y estabilizándolo» (381-382).

Esa transformación de lo sagrado a lo divino necesita del tiempo, necesita del Cronos porque, como ya dijimos, nada puede existir sin él, ni nada puede tener fundamento:

Cronos [...] es el revelador y el fundador de la relatividad de la existencia, que la muerte le ha dejado. Y así sostiene las ruinas y se sostiene Cronos en la destrucción. La procura y la establece también. Permite y causa la destrucción más hasta un cierto punto y logra así aquello que el templo intacto no logrará (1955: 380-381).

Causa la destrucción, pero al mismo tiempo se funde con la naturaleza que no le opone resistencia alguna y llegará a formar parte de esa naturaleza de forma espontánea. Y si forma parte de la naturaleza forma parte de Dios. Se ha mezclado lo que queda de una obra del hombre con la obra de Dios siendo como una comunión de ambos que nos eleva hacia la trascendencia, es el punto de inflexión entre la vida personal y la vida histórica como «tiempo de un pasado que lo sigue siendo, que se actualiza como pasado y que muestra, al par, un futuro que nunca fue» (1955: 293).

Definitivamente, la ruina representa la esperanza ante el paso del tiempo corrosivo, una esperanza de continuar siendo de alguna manera, de una transformación exenta de lo material porque lo material se ha integrado con la naturaleza y nos ha liberado de lo humano. Zambrano, concluye así sobre las ruinas:

Así, las ruinas vienen a ser la imagen acabada del sueño que anida en lo más hondo de la vida humana, de todo hombre, que al final de sus padeceres algo suyo volverá a la tierra a proseguir inacabablemente el ciclo de vida-muerte y que algo escapará liberándose y quedándose al mismo tiempo, que tal es la condición de lo divino (1955: 297).

3. Orfeo: amor, música y poesía

La cuestión en María Zambrano es que los mitos contemporáneos no tienen ese sustrato que satisface las necesidades en el ser humano en contraposición a los mitos clásicos que sí los cumplen. Y, precisamente, Orfeo es uno de los mitos que cumple a la perfección esos requisitos porque Orfeo no es un mito cualquiera como así nos los expresa D. Puche en *Orfeo en el inframundo*:

El mito de Orfeo no es una mera historia entre otras, sino que estructura una visión del mundo en una mezcla de mitos y arquetipo (arquemito). Este viaje a las profundidades tiene grandes consecuencias existenciales, y para ello está presente en la mayoría de los ritos iniciáticos porque proporciona un esquema para experimentar la transformación de la conciencia a través de determinadas prácticas simbólico-rituales (2021).

Aquí hay que destacar, sin duda, la importancia para Zambrano del ritual que significa para ella una representación, una forma de liturgia y que en la cultura griega era como un oficio religioso: invocaciones, conjuros... Los rituales formaban parte de una forma de actuación establecida y una forma de conjuro como eran los ritos de nacimiento y muerte, conmemoraciones de gestas, celebraciones de cambios de estación, etc. La autora piensa que el rito tiene una función de conocimiento que nace de la piedad.

Por tanto, los ritos son momentos importantes en la adquisición de conocimientos, ya que el ritual permite calmar ese «espanto» al nombrarlos, al hacerlos patentes y visibles, al hacerlos más reales, lo que comporta allanar el camino estableciendo un sendero piadoso para el contacto con los dioses.

Lo cierto es que Zambrano se declara abiertamente seguidora del orfismo, y por su derivación en el pitagorismo que veía en el viaje a los ínfimos de Orfeo el rescate del alma perdida. Así, Zambrano nos dice en su ensayo *De la Aurora*:

La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede llamarse órfico-pitagórica, no debe ser en modo alguno atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del logos, me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética, razón, quizá, la única que pidiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse —al modo de una circunstancia— de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada (1986: 182).

Ese ‘logos’ y esa razón irá poco a poco alejando la filosofía de lo sagrado y que permitirá a la humanidad desarrollar la modernidad y llegar a ser el centro de la existencia, pero que acabará acorralando al hombre. Por eso, Zambrano propone una vuelta al misterio de lo sagrado a través de la razón poética, que no es otra cosa que una razón con capacidad de crear, de producir algo nuevo, una capacidad creativa personal e intransferible que nos hace singulares y únicos y que determina nuestra identidad particular. Porque el orfismo supone reconocer la propia inteligencia para hallar la luz a través de su mediación. Así, orfismo y pitagorismo son los que la alejan definitivamente de Ortega. Lo menciona Martínez González en su tesis *El pensamiento musical* de María Zambrano:

En Zambrano, el nebuloso legado de la tradición órfica —u órfico-pitagórica— es equiparado inmediatamente al concepto de «sabiduría», entendida esta como lo que no solo se pierde en la noche de los tiempos [...] sino que además es intransferible por situarse más allá del «logos» o razón discursiva. (2008: 161)

Hemos dicho al principio que, Orfeo cumplía los requisitos simbólicos suficientes para satisfacer las necesidades existenciales del ser humano, y si los cumple es porque reúne en sí mismo tres elementos que forman parte de la esencia intrínseca de la filósofa. Esos elementos son: el amor, la poesía y la música. El orfismo servirá de guía para viajar al «más allá» y será una alternativa al mundo del Olimpo, porque propondrá una doctrina de salvación: un ser humano de un cuerpo terrenal y efímero y un alma que sobrevivirá eternamente y que nos liga inconscientemente al paraíso perdido. Y eso es lo que Orfeo está evocando, buscando su amor perdido, y esa búsqueda conduce a los infiernos para rescatar a Eurídice que se ha convertido en una sombra. Zambrano, en *El hombre y lo divino*, narra cómo a Orfeo (padre de la música y de la poesía) el amor le lleva a descender a los infiernos.

Antes que nada, hay que aclarar que para Zambrano hay una gran diferencia entre el amor divino y el amor sagrado (o humano). La diferencia estriba en que el amor divino es una potencia cósmica, es un amor que nos trasciende y que es eterno, como ella misma nos refiere: «El amor es potencia anterior al mundo que vemos y ha estado en la metamorfosis primera de la cadena de metamorfosis visibles e invisibles que marcan la formación del universo» (365). En cambio, el amor sagrado (o humano) es el que se produce en la vida terrenal, el que siente Orfeo, un amor creado en la oscuridad pero que va ascendiendo y saliendo de esa oscuridad y que se puede convertir en imágenes a través de la poesía, esto es, a través de un proceso creativo que es el que nos va a permitir dar cuenta de ese viaje de ida y vuelta de la oscuridad.

Cómo surge entonces el amor sagrado. Según María Zambrano, para el ser humano ese amor divino es un caos, y no reúne las condiciones necesarias para que se dé la existencia humana, porque ese amor divino es inconmensurable, pero del que guardará un atisbo, una reminiscencia que acabará haciéndose consciente: «La aparición del amor no es otra cosa que su entrada en la claridad de la

conciencia desde el mundo circundante» (304). Y luego añadirá: «Es el entrar en la conciencia [...] la epifanía que tiene toda realidad que accede por fin a hacerse visible. El amor la alcanza en Grecia» (305). Por tanto, la clave está en la conciencia a través de la cual se nos permitirá hacer consciente ese amor y poder irradiarlo hacia el mundo real, lo que nos permitirá dejar de estar bajo la influencia de un destino ciego que nos arrastra. Y así el amor sagrado acaba revelándose como parte del amor divino en el hombre, que es capaz de modularlo en forma de vivir, que es capaz de romper barreras y que es, en suma, el que da sentido a la vida y nos proyecta hacia el futuro. Así lo relata Molina Aragón al escribir *María Zambrano: el carácter mediático de la piedad y del amor en la realización de la persona*:

La realidad radical es en Zambrano, es lo sagrado, la realidad oculta, escondida. Solo lo sagrado da o quita realidad, de ahí que la realidad del amor acuda a ese fondo de misterio para tomar su fuerza y poder. Es la realidad de lo sagrado la que otorga la diafanidad y trascendencia al amor y a la vida, a la vida en el amor, el amor como vida, como soplo de vida, espíritu (2007: 51).

Por eso dice Zambrano que, «el amor trasciende siempre, es el agente de toda trascendencia en el hombre» (316) y porque, además: «el amor nos lanza hacia el futuro obligándonos a trascender todo lo que promete» (317).

Pero para Zambrano el amor tiene también otra faceta, ya que, además de ser apertura a la trascendencia y dar aliento a la vida, es también un agente de destrucción: «El amor es el agente de destrucción más poderoso, porque al descubrir la inadecuación y, a veces, la inanidad de su objeto deja libre un vacío, una nada aterradora al principio de ser percibida» (317).

Así pues, el amor es la riqueza y el vacío al mismo tiempo. Para Zambrano el amor es hundirse en el abismo y cómo Orfeo se hunde en el infierno para liberar a su amada y transita entre ambos mundos, entre la realidad y la irrealidad, hunde con él la propia vida descubriendo el no-ser. Ese mismo agente destructor que nos permite descubrir la realidad y la inanidad de las cosas, esa ambigüedad es la que nos permitirá dar nacimiento a la conciencia porque según Zambrano «si naciósemos en el amor, y en él nos moviéramos siempre, no hubiéramos conciencia» (318). Así precisamente porque el amor destruye da también nacimiento a la conciencia.

Orfeo se presenta como un símbolo del amor, pero también se añade a su esfera la poesía y la música porque esta, está ligada desde los orígenes tanto al mito de Orfeo como a los pitagóricos, a un componente de la realidad. Música y poesía acaban formando parte de su filosofía en una interrelación inseparable, una especie de unión mística, porque la música posee magia, y bien nos lo corrobora el musicólogo José Luis Téllez: «De un modo metafórico, la música pone al oyente en relación con un orden de realidad, no ya ajeno, sino contradictorio con el derivado de la experiencia cotidiana, y de ahí la aureola mágica que le otorgan ciertas culturas» (s.f.).

Llegados a este punto tenemos que apostillar el mito de Cronos en paralelo con el mito de Orfeo, porque si hay algo que comparten ambos, además de ser figuras prehoméricas, puede decirse que es el valor de la música. Como dice Zambrano en *El hombre y lo divino*: «Y Cronos, padre del éter y de la noche eterna, del silencio, fue también padre de la música, tiempo racionalizado, tiempo hecho alma en virtud del número» (107). Así Cronos como «tiempo racionalizado» y Orfeo como un encantador de serpientes que con su lira y su voz encandila a los mismísimos dioses del inframundo, permitiéndole traspasar los límites de la muerte. Por eso Zambrano, en *El hombre y lo divino*, nos dice

que la música nace para vencer el tiempo y la muerte, pues lo que revela y se hace accesible a través de la música son los infiernos del tiempo de la naturaleza, «del alma entre la vida y la muerte» (1955).

El espacio, la conquista que le proporciona el haber salido de la cueva en la que estaba encerrado le ha proporcionado la luz, mientras que la experiencia del tiempo le somete a la oscuridad, puesto que Cronos es el más abisal de los dioses por su infinitud aterradora.

Y, ¿qué podemos hacer cuando nos sentimos presos del tiempo? Una de las soluciones que nos propone Zambrano es la de contar. Porque contar se convierte en una especie de ritual que aplaca el tiempo, si algo hace el número es también racionalizar el tiempo y así nos lo explica: «El tiempo simplemente numerado es la primera victoria sobre el abismo de Cronos, el tiempo primario que no da cuentas ni razones. Someter el tiempo a razón es someterlo al número» (108-109). Someterlo al número es someterlo a una medida y así de forma monótona conduce a aplacar el sentir del tiempo cuando nos sentimos atrapados, por eso, una de sus manifestaciones por excelencia es la música. Mientras que la palabra tiende a hacerse cuerpo, desciende al espacio físico dándole sentido y hace que aparezca la plasticidad del universo. Dice Zambrano (1955) que «mientras que la representación nacida del sentir del tiempo será nocturna y abismal. Y si la palabra corresponde a la luz —el logos-luz—, el abismo de la noche temporal se hará accesible al manifestarse en la música, forma del tiempo» (109).

Para comprender la relación entre música, Orfeo y Zambrano, hay que mencionar a los pitagóricos, que fueron los que realmente le dieron al número y a la medida la entidad que tiene. Para Zambrano, los pitagóricos no desarrollaron exactamente un pensamiento filosófico, sino que «sus dones han sido: música y matemáticas, dos hijas del número, no de la palabra» (103). Los pitagóricos adoraron las matemáticas e hicieron del número y la música un arte que es, a su vez, arte del tiempo. Según Zambrano, «la angustia del tiempo inspiró el orfismo, raíz de las creencias pitagóricas iniciales» (p. 107). Así que el gran trabajo de Pitágoras fue racionalizar ese tiempo, recordando que Cronos fue también el padre de la música y el tiempo racionalizado. Pero Cronos, «el devorador», acabó vencido por Orfeo con su encanto mágico a través del número sagrado, porque como Zambrano nos comenta en *El hombre y lo divino*:

La música órfica es el gemido que se resuelve en armonía; el camino de la pasión indecible para integrarse en el orden del universo. Orden y conexión de las entrañas identificado con el orden y conexión del universo por los números, «la música es la aritmética inconsciente de los números del alma» (1955: 135-136).

El tiempo finito del ser humano y, por tanto, el pensamiento de la muerte parecen ser nuestro infierno terrenal. Pero, ¿Con qué conquistó Orfeo a los guardianes del inframundo para lograr entrar en él e intentar recuperar a Eurídice? Fue la música, porque solo a través de ella se logra la proporcionalidad, se logra la fusión entre dos polos opuestos; es la armonía de los contrarios que «son las nupcias en que no solo se manifiesta lo que de positivo tenía cada contrario, sino en que surge algo nuevo no habido [...] No sustrae, sino que añade algo imprevisible» (219-220). Y así nos lo remarca Zambrano: «La música une en sí los dos universos o los senos del Universo: el de los astros, cuyo movimiento descendió la matemática, y el mundo infernal de donde nació el gemido» (139).

En suma, Zambrano, Cronos, Orfeo y los pitagóricos se conjuran para darle a la música la magia y la trascendencia en una suerte de eternidad momentánea y fugaz, a la vez que lo someten a la racionalidad. Así el componente musical de la realidad encierra en sí misma la contradicción que marca la propia existencia del ser humano. Por un lado, expone el elemento racional (armónico) del

hombre, que es el que le permite la lucha por la existencia afrontando sus retos sin sentirse desvalido ante el mundo; y, por otro lado, tiene un componente irracional y poético (melódico) que nos muestra el factor trascendental más allá de la existencia, esa parte que nos está velada y nos sobrepasa.

No cabe duda de que Orfeo es también poesía, y resulta evidente que la poesía es ritmo, es número y es música. Es un lenguaje que no se dirige al intelecto, sino a lo más profundo del alma, del subconsciente, lo que hace conectar más fácilmente con la divinidad, con la unidad que se ha perdido al entrar en la existencia terrenal. Este lenguaje de la poesía, entendida como arte, es el lenguaje metafórico, que es también el mitológico, ya que a través de la metáfora se produce un equilibrio mediado por la razón y el sentimiento, «las entrañas» y que hace que la realidad abismal de lo sagrado pueda ser revelado. Así, Zambrano escribe en *El hombre y lo divino* que la poesía es:

Algo que se llega desde otro lugar, que llega y huye; claridad que cuando se presenta recuerda lo que no sabía, inesperada memoria repentina que por un instante libra al hombre de ese sentir que no se acuerda de algo que es lo que más le importa (2020: 250).

Por eso en Orfeo la poesía juega también un papel indispensable, porque la palabra aparece de forma ineludible unida a la música, y porque sin poesía no habría dioses, no se habría bajado a los infiernos, a lo oscuro, a lo oculto, como Orfeo por amor, y, por tanto, los dioses no se habrían revelado. Porque la poesía es un arte y para Zambrano el arte permite bajar a los infiernos de la vida comparándola con el descenso de Orfeo al Hades en busca de su amada. Zambrano nos dice que «la formación de los dioses, en su relación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía, quien primeramente se enfrentó con ese mundo oculto de lo sagrado» (87-88). Para luego añadir que «es la poesía conformando a los dioses y explicando el mundo lo que hace diferir a Grecia, ya antes de que hubiese filosofía, de las demás culturas antiguas» (246). Queda expuesto que la poesía es un arte para Zambrano, es un arte en lo que tiene de creativo: «Poesía es creación, la creación primera humana, y es la palabra inspirada, recibida, pasiva todavía» (250) nos dice.

El poeta al estar inspirado tiene un saber que le viene de otra parte y por eso «nada extraño es que se sienta y sea sentido primeramente como habitado por un dios que en él se manifiesta. El poeta es un oráculo» (250). Precisamente esa inspiración que viene de otra parte nos hace ser conscientes de la angustia de la discontinuidad en la que vivimos (conciencia poética) y gracias a la conjunción por parte de los pitagóricos del ritmo y el número y la música y poesía, podrá alcanzarse «el tránsito de este mundo de 'lo otro' al tiempo en que el hombre va a comenzar a vivir en una cierta continuidad» (251). Será la conciencia poética la que irá revelando este mundo oculto y sagrado, y será la forma en que se irá dando respuesta al origen del universo y a la propia humanidad (cosmogonías) y que se plasmará a través de la poesía porque a través de ella el hombre logrará «representarse en unidad no solo lo que ve, sino su misteriosa génesis, su historia» (251).

«Representarse en unidad» como manifiesta Zambrano, supone armonizar los contrarios y al igual que la música une en sí los dos universos, el hombre a través de su conciencia poética y su escritura a través de la poesía logrará esa función mediadora que puede lograr la posibilidad de experimentar lo sagrado. Así nos lo confirma Iturbe-Sánchez en *Poesía, filosofía y mito sobre la poesía*:

La poesía mantiene un idilio con lo que se afirma y se niega, se nutre de las circunstancias en las cuales la existencia se muestra inmersa, dotándola de una inmediatez de experiencias que la hacen permanecer en una danza sin fin que unifica los contrarios, mismos que gestan, nacen y conviven en ella (2021: 73).

4. Conclusiones

Zambullirse en el mundo clásico en general y en el mundo de los dioses en particular, para Zambrano fue descubrir todo un mundo interior que le permitió conectar con el subconsciente que la mayoría de personas tiene aislado y que producen tanta ansiedad y desasosiego en el mundo moderno.

Que el mito pervive en la actualidad no ofrece ninguna duda, ya que el ‘mito’ es el que siempre permanece a través de todos los tiempos, lo que sí cambia es la forma en la que los mitos se presentan. Por eso a Zambrano le duele que en la época moderna el hombre haya perdido la dimensión originaria de esos mitos, ya que su salvación está en volver a recuperarlos, pues es lo único que puede calmar esa sensación de vacío y soledad que se cierne sobre la humanidad. Porque como ya se mencionó, los mitos son un recurso de nuestros pensamientos que nos ayudan a encontrarle sentido a la vida y nos ayudan a enfrentarnos a ella. El reto para Zambrano consiste en cómo reconfigurar las mitologías adaptándolas al entorno y a la realidad del presente para calmar esas necesidades más profundas. Ese camino que desarrolló y la forma que tuvo de vivir se tradujo en su ‘razón poética’ y la forma que tuvo de aplicarla fue a través de la metáfora y del material de donde sacaba la más íntima esencia: los símbolos y los mitos. Símbolos y mitos con los que los griegos fueron capaces de estar en íntimo contacto sin perder la realidad natural, y que fueron los mismos con los que Zambrano convivió e hizo suyos.

Cronos y Orfeo son solo dos dioses del mundo clásico que estaba formado por un extenso abanico de dioses y mitos. Entonces, si ya sabemos que los dioses perviven a lo largo del tiempo, ¿qué aporta María Zambrano? En ella los dioses no solamente perviven, sino que ella tomó el símbolo, el dios, el arquetipo, y lo convirtió en presencia. Y será una presencia casi física, a través de su voz, a través de su persona, a través de su propia vida. No es una presencia figurada ni supuesta sino una presencia vívida y real.

Por un lado, sin Cronos no existe la vida humana, la vida que experimentamos. Si hay algo constantemente presente es el tiempo, y en *El hombre y lo divino* se plasma claramente. Es esa lucha constante que, aunque perdida de antemano, también tenemos capacidad de trascender. La autora convierte el tiempo en ‘los tiempos’, multitud de tiempos que nos lleva a transitar a través de todos los momentos pasados, presentes y proyectados hacia el futuro, de tiempos suspendidos en el tiempo, de tiempos del pasado que están en el presente. Zambrano quiere hacernos conscientes de la importancia del tiempo y espera que lo hagamos presencia también en nosotros.

Por otro lado, Orfeo representará para Zambrano la tragedia del amor, ese amor que se lanza a los abismos, pero que no será capaz de recuperar. De lo que sí será capaz es de aplacar la ira de los dioses a través de su voz y a través de su lira. Llegará al alma de los dioses más implacables que guardan los infiernos, ese infierno que para Zambrano anida en cada uno de nosotros y que tenemos que aprender a aplacar conectando con nuestro interior, con nuestras raíces, con esa naturaleza perdida y con los «medios seres». Estos se agitan en nuestro interior y aquí se aprecia el acercamiento al psicoanálisis de María Zambrano. Ella da cabida a una dimensión del conocimiento que existe independientemente del ‘yo’. El mundo del hades, de lo profundo y donde se hunden las raíces que llevan a lo anterior de la existencia es el mismo que hunde al psicoanálisis en el subconsciente, solo que para Zambrano la teoría del subconsciente acude solo al conocimiento psicológico del ‘conócete a ti mismo’, mientras que para ella va mucho más allá del conocimiento analítico. Es decir, para Zambrano el descenso de Orfeo a los infiernos es una experiencia iniciática, un aprendizaje, pero destinado al fracaso porque no será capaz de ‘sacar a la luz’ lo que ha ido a buscar. Pues se produce una *katabasis*, porque el descenso a los infiernos no es sino la profundización en la oscuridad del propio ser para

recuperar algo, para rescatarlo o traerlo a la luz. Se percata que lo único que puede hacer es aplacar a los dioses con su música y con su voz, pero que nunca le permitirán extraer lo que ha ido a buscar, al igual que no podemos extraer del subconsciente lo que buscamos en él.

Orfeo es uno de los mejores mitos para ese viaje interior, es el ‘arquemito’, esa mezcla de mito y arquetipo. Y, así, de la misma manera que no podemos existir sin Cronos porque sin tiempo no hay vida, sin música y sin poesía no se puede llegar al fondo del alma humana, ya que son dos elementos que te permiten llegar directamente al subconsciente: la música a través de suspensión del tiempo y la poesía a través de la metáfora. Si hay algo en Zambrano que la guía y la ilumina, el motor de su vida y, por extensión, al resto de seres humanos, la fuerza de la existencia, ese algo es el amor, porque sin él la vida carece de sentido, la existencia no tiene significado y las personas se deshumanizan.

Recapitulando, Orfeo y Cronos sintetizan por sí mismos gran parte de la existencia de María Zambrano, pero mientras Cronos puede existir sin Orfeo, aunque sea de forma árida, Orfeo, en cambio, no puede existir sin Cronos. Pero lo transforma en algo bello y hermoso a través de la creación de su música, capaz de traspasar el alma. Así, a través de la conjunción de ambos se conforma la música en la que los dos se unen magistralmente y donde se entrelazan la racionalidad del número y la irracionalidad espiritual que sus componentes provocan. Es decir, para Zambrano se produce, a través de la música, esa mágica conjunción entre lo racional y lo irracional, ya que la música, a través de sus componentes, su estructura y su representación pautada, está representada por el número que es racional, real y visual, pero que a través de su interpretación se puede alcanzar esa atemporalidad irracional, esa súbita interrupción del tiempo que puede llegar a suspenderte como en una especie de mundo paralelo, una especie de eternidad momentánea que te permite participar de algo inabarcable y sobrecogedor.

A su vez, Cronos y Orfeo tienen en común el misterio de la muerte. Cronos como dios devastador, puesto que la vida del ser humano es finita y nos enfrenta a un irremediable final, lo que produce esa angustia que nos enfrenta al sentido de nuestra existencia terrenal y a la lucha entre racionalidad y espiritualidad y que el cristianismo solventa con la supervivencia del espíritu. Y Orfeo en cuanto a un dios que fue capaz de burlar a la muerte y volver al mundo de los vivos abriendo una posibilidad para el ser humano de regresar en una clara referencia a las teorías órfico-pitagóricas de la transmigración de las almas. De manera que vemos que para Zambrano la idea de lo que es el tiempo es tan esencial e importante como la existencia en sí misma. Lo que ella aporta es una nueva visión del comportamiento del tiempo y que va más allá del significado establecido por el imperio de la razón⁵.

Al mismo tiempo, Zambrano aporta una visión personal y singular que hace que los dioses y mitos griegos formen parte de su vida y sobre todo en su forma de entender la vida y la espiritualidad. Es decir, Zambrano se presenta como una intermediaria. Una intermediaria del mundo clásico y actual a través de los mitos y los dioses. Una intermediaria del psicoanálisis a través de la entraña, de lo racional e irracional a través de su razón poética. Intermediaria de Cronos con su concepto de múltiples tiempos y de su concepto de atemporalidad; y de Orfeo a través de su presencia personal, cual oráculo, de la música y la poesía que nos permite conectar con lo inmenso. Presencia e intermediación

5 «La suerte de la razón del vencido es convertirse en semilla que germina en la tierra del vencedor. La semilla, toda semilla, ¿no está vencida cuando es enterrada? Y cuando revive de entre los muertos, donde se los arrojó, es porque se ha vencido enteramente a sí misma».

conforman en Cronos y Orfeo, y por extensión con los demás dioses, la esencia y la maestría de Zambrano que quiere hacer comprender que la mitología y la razón tienen que ir de la mano, desarrollarse juntas y compartir espacio y tiempo. Todo ello nos ayuda a favorecer la reflexión de valores básicos, que se están perdiendo, a través de ambas.

Cronos y Orfeo forman un compendio que permite adentrarlos a través de las vivencias de María Zambrano en el presente, traerlos desde la antigüedad y recuperarlos, y al traerlos a la actualidad permitir que vuelvan a formar parte de nuestra vida, para que, en definitiva, poder recuperar a través de su misterio serenidad y ese sentido de la existencia que tanto ansía el ser humano en la actualidad.

Bibliografía

- ARAGÜEZ, S. M. (2007). *María Zambrano: el carácter mediático de la piedad y del amor en la realización de la persona*. Málaga.
- CAMPOS, L. M. (s.f.). «Raíces clásicas del pensamiento actual: la filosofía de María Zambrano». *Cuadernos de Ateneo*, 63-74.
- CLAVO SEBASTIÁN, M. J. (2001). «María Zambrano: El tiempo y su articulación con otros conceptos». *BROCAR 25. Cuadernos de Investigación Histórica*, 149-161.
- (2014). «Los juegos de la razón: la figura de Atenea en la obra de María Zambrano». *Aurora*, 64-69.
- (2015). «Orfeo y Dionisos en el origen de la poesía en María Zambrano y José Lezama Lima». *Caravelle*. 104: 177-191.
- (2018). «Pensar los mitos en la obra de María Zambrano». *Signos Literarios*, 146-149.
- GARCÍA, P. G. (1997). *Cultura e identidad cultural. «El mito, ayer y hoy»*. Barcelona: Bardenas.
- GONZÁLEZ, F. M. (julio de 2008). *El pensamiento musical de María Zambrano*. Universidad de Granada.
- GUAL, C. G. (1997). *Diccionario de mitos*. Barcelona: Editorial Planeta.
- HAWKING, S. (1992). *Historia del tiempo*. Barcelona: Planeta-Angostini.
- HUMBERT, J. (1997). *Mitología griega y romana*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ITURBE-SÁNCHEZ, J. M. (2021). «Poesía filosofía y mito: su supuesta disociación y su originaria unión». *La Colmena*, 73-84.
- JUNG, C. G. (1997). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires/Barcelona: Paidós.
- MAILLARD, C. (2023). *Centro Virtual Cervantes*. Obtenido de <<https://cvc.cervantes.es/actcult/zambrano/acerca/maillard.htm>>.
- MORALES, A. R. (2014). «El tiempo fuera del tiempo. Anotaciones sobre la temporalidad insular en María Zambrano». *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, 24-32.
- OTTO, W. F. (2003). *Los dioses de Grecia*. Madrid: Siruela.
- PAJARES, A. B. (2008). «Orfeo y Eleusis». *Synthesis*, 13-36.
- PITOL, S. (1997). *El arte de la fuga*. Barcelona: Anagrama.
- PUCHE, D. (28 de 4 de 2021). *Caminos del logos*. Obtenido de Orfeo en el inframundo, en <<https://www.caminosdelogros.com/2021/04/orfeo-en-el-inframundo.html>>.
- REAL, A. R. (2015). «El mito en María Zambrano». *ARS & HUMANITAS*, 138-149.

- SALCEDO, N. (2022). *Orfeo, el mito que no cesa. Amalia Iglesias: Segunda jornada del Congreso La larga sombra de Orfeo*. Madrid.
- TÉLLEZ, J. L. (s.f.). *Joséluistellez*. Obtenido de Tiempo y música, en <<https://joseluistellez.com/tiempo-y-musica>>.
- ZAMBRANO, M. (1959). «La conciencia histórica: el tiempo». *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 25-28.
- (1986). *El sueño creador*. Madrid: Turner.
- (1992). *Los sueños y el tiempo*. Madrid: Editorial Siruela.
- (2020). *El hombre y lo divino*. Madrid: Alianza.
- (2021). *De la aurora*. Madrid: Alianza.